

MENSAJE EN UNA BOTELLA

Sol Gil

Ganadora en la Categoría de Bachillerato y Ciclos Formativos

Martín tenía 6 años cuando lanzó un mensaje encriptado al río Nela. Acababa de leer un cuento de barcos y las aventuras de los piratas surcando los mares en ellos, cuando se le ocurrió la magnífica idea de ser un camarada más. Llamó a su padre y le contó lo que se le había ocurrido. Su padre, Luis, consiguió todo lo necesario, que tan solo era una botella de vino vacía y un trozo de papel que arrugó para hacerlo más real. Emocionado, escribió dónde se encontraba su tesoro más preciado (apenas un par de chucherías y sus personajes favoritos de Action Man, que tanto le había costado conseguir) escondido en una caja de madera en el jardín de sus abuelos. Una vez estuvo todo terminado, metió el papel en la botella y la lanzó, tan fuerte como pudo, al Nela., río que pasaba por su pueblo, Puentedey. Martín quería que la botella la recibiera alguien al que le gustaran los Action Mans y así hacer amigos. Todos los días, después de clase, esperaba la respuesta sentado en la orilla del río, pero nunca llegaba. A veces llegaba a pensar que la botella había desaparecido o simplemente algún pez la había escondido en su lugar secreto del río. Sus abuelos murieron, así que poco a poco se fue olvidando del asunto de la botella y haciéndose mayor. Pasó el tiempo...

Febrero de 2015. Impresionante desbordamiento del río Nela a su paso por las Merindades. Los pueblos afectados y que se encuentran en alerta roja son: Pedrosa de Valdeporres, Santelices, Sotoscueva, Puentedey, Bocos, Villarcayo y Medina, entre otros. Martín, que ahora vive en Villarcayo por motivo de trabajo de sus padres, nunca había vivido algo así. Debido a las inundaciones, el instituto de enseñanza pública de Villarcayo se encuentra cerrado. Martín no sale de su asombro y celebra con sus amigos el inesperado día sin clases. Se pone sus botas de agua y sale a la calle para hacer fotos. Es un momento histórico. Repasando todas las fotos que ha hecho, se fija en que, a la altura de un árbol del Soto, hay algo que brilla. Pensando en una moneda o algo de metal, mete la mano para cogerlo. Cuál fue su sorpresa al encontrar una botella vacía de vino que contenía un papel en su interior, desvelando el secreto oculto que había mantenido durante más de 10 años. ¡Era su botella! La misma que él había lanzado al Nela y que ahora resurgía de las profundidades.

Exaltado, corrió hacia el lugar de trabajo de su padre para que le llevara a la antigua casa de sus abuelos. Necesitaba recuperar el tesoro escondido. Llegaron a Puentedey, a una vieja casa que durante mucho tiempo había sido su vida, su infancia. Echaba mucho de menos a sus abuelos, pero esto les haría tenerles más presentes. Sacó una pala del garaje y se puso a cavar como si no hubiera una mañana. La pala tocó fondo o, mejor dicho, madera. La caja ya estaba en sus manos. La abrió y millones de recuerdos le llegaron a la mente. Qué feliz había sido y qué poco lo había disfrutado. Le enseñó a su padre la caja y el mensaje de la botella, y ambos empezaron a reír. El camino de vuelta sirvió para recordar las muchas anécdotas de la infancia

de Martín. Cuando llegaron a su casa, Martín comprendió que de nada servía echar de menos a sus abuelos, ya que les tenía allí presentes jugando con él a los Action Mans. Y a la vez, sacó una moraleja de todo esto: después de la tormenta, siempre llega la calma.

EL DUENDE DE PUENTEDEY

Víctor Ignacio González Colina

Ganador en la Categoría de 1º y 2º de ESO

Había una vez un duende solitario que vivía debajo del puente natural de Puente de Ibañeta. El duende era un ser arrogante y egoísta, que no se relacionaba con nadie. Vivía en soledad, únicamente en compañía de las ranas. Era de complexión fuerte y pesada, pero su corta estatura, de aproximadamente un metro, le permitía moverse con agilidad. Era una criatura que no podía exponerse a la luz del sol, porque le quemaba la piel. Permanecía durante el día escondido en la oscuridad, pero por la noche salía en busca de comida, por lo general niños. A este duende lo único que le gustaba comer eran niños. El problema era que solo podía salir a cazar de noche y, además, los padres de Puente de Ibañeta conocían su existencia y se encargaban de que los niños estuvieran en sus casas antes de que cayera la noche.

Un día el duende se percató de que alguien estaba entrando en su territorio. Era un grupo de niños, que iban a bañarse al río por el calor que hacía. El duende se planteó la idea de comerse a uno de ellos, pero después recapacitó y decidió que no era buena idea arriesgarse a ser visto por el día y menos intentando cazar algún niño. Esa misma noche, el duende estaba hambriento y decidió salir a cazar, pese a que eran las fiestas del pueblo y la gente estaría despierta toda la madrugada. Sobre las doce de la noche, el duende salió a conseguir su siguiente presa. Con sigilo, consiguió llegar a lo alto de la iglesia que se encontraba en lo alto de su casa. Desde allí divisó unos columpios en los que se hallaban unos niños, solos e inocentes, jugando sin vigilancia alguna. El duende fue hasta donde estaban y se apostó a menos de dos metros, sin que se percataran de su presencia. De un rápido movimiento, con sus escuálidas manos, agarró a uno de ellos y lo consiguió llevar a la oscuridad donde nadie era capaz de verlo. Sin piedad alguna, asesinó al niño de un certero mordisco en la yugular y la criatura se desangró. Devoró lentamente las vísceras y arrojó los restos al río. Ni él mismo se creía la suerte que había tenido de comer aquella noche, después de pasar casi un año sin comer. No decidió desaprovechar la oportunidad y se dirigió de nuevo a los columpios en busca de su siguiente presa. Repitiendo los mismos movimientos que había empleado anteriormente, se colocó a espaldas a menos de un metro de una niña con apenas cuatro años de edad y...¡zas! De un rápido movimiento, la agarró, pero no consiguió tapar su boca y la niña empezó a gritar asustada. Los padres de los niños corrieron tras el duende que emprendió la huida temiendo por su vida. Uno de los adultos, un vasco muy fornido se percató de la ausencia de su hijo en el grupo de niños. En ese momento dedujo que había sido obra del duende y se dispuso a perseguirlo para acabar con él.

Koldo Aguirreche Bañueta, enfadado por la trágica suerte de su hijo, agarró una piedra de gran tamaño y, con una fuerza sobrenatural, la lanzó a alta velocidad contra el duende, le asestó tan terrible golpe que lo mató en el acto. El cuerpo del duende se estampó contra la pared del puente dejando una informe masa de sangre en la pared de color verde. La niña salió ilesa de

aquel suceso. Koldo Aguirre Bañueta fue considerada un héroe por haber salvado a esa niña del triste final que la esperaba.

Como recuerdo de aquella hazaña queda la sangre del duende que impregnó las paredes de la roca convertida en musgo.

Mañana, días, veranos, vidas

Carmen Moyano Villullas

Primer premio en la categoría de 3º y 4º de ESO

Cada día es diferente y monótono a la vez.

Levantarse a las nueve de lunes a domingo es aburrido, pero vale la pena. Cada mañana, salimos juntos a correr, como hacíamos cuando éramos pequeños. Ahora ya tenemos todos más de veinte años, pero seguimos siendo los niños de siempre. El recuerdo de nuestros veranos hace que queramos recordar todos esos momentos.

Los días pasan y el frío empieza a acercarse. Se vuelven más amargos y los malos recuerdos vuelven a ocupar nuestras tardes, como lo hacían en nuestra adolescencia. La pérdida de uno de nosotros hizo que nuestras vidas cambiaran por completo. De todos los que éramos, ya solo quedamos cinco. Todos nos fuimos a estudiar fuera, pero algunos decidimos volver este verano. Ha tenido grandes momentos y algunos un poco más amargos, pero todos los días a su lado siempre valen la pena.

Una de esas últimas mañanas de verano, en las que no hacía tanto calor como en junio, salimos a correr por el mismo sitio que cuando solo éramos niños. Mientras corríamos, empezamos a gritar nombres, nombres de esos amigos que ya no están. Le contamos nuestra historia al viento, gritándole, como si quisiéramos que regresaran. Detrás de esa mañana angustiada, que para ninguno fue agradable, al llegar al pueblo donde hasta ese momento seguía igual que en nuestra infancia, nos encontramos con algo diferente.

A la entrada del pueblo, unos gigantes amarillos destrozaban todo el paisaje. Eran máquinas, camiones que bajaban por la carretera sin que nadie les impidiera el paso. La curva, desde la que de niños hacíamos carreras en bici, estaban ahora ocupadas por enormes camiones y máquinas amarillas. Los vecinos empezaron a salir de sus casas. Pocos sabían lo que pasaba. Cuando nos enteramos de lo que ocurría, nos miramos y salimos corriendo hacia un pequeño grupo que intentaba impedir su paso, intentando que más gente se uniera a nosotros. Toda nuestra infancia, nuestros momentos, nuestros amigos, todo se iba a echar a perder por eso.

Ahora me acuerdo de que, a mediados de julio, leíamos una noticia en el periódico, pero no le dimos importancia. La gente lloraba, gritaba, pero ellos no hacían caso. Ahora me doy cuenta de lo que suponía aquella técnica. A pocos del pueblo les parecía bien y conseguimos aplazarlo unos días.

Era ya septiembre. Otra mañana como tantas de nuestra vida que salíamos a correr, pero ahora el tema que nos preocupaba era todo lo que destruirían si extrajeran el gas de una manera, que, según nuestro punto de vista, no debería utilizarse.

Toda nuestra infancia, la adolescencia, nuestros momentos, los primeros besos, las risas, las lágrimas, nuestra vida. La iban a romper y tendríamos que dejar todo.

No lo queríamos aceptar, pero ya era tarde.

Volvimos a casa andando. Nadie hablaba y las lágrimas empezaban a correr por las mejillas de mis amigos. Ellos, lo único que me quedaría de ese sitio después de tener que marcharnos.

Aquella empresa prometía trabajo, dinero, pero nadie creía eso.

Lo peor que podía pasar pasó. Otra vez esos horrible gigantes. Volvían los camiones. No nos escuchaban. Ya nada servía. Intentamos impedirles que pasaran, pero fue inútil. Las máquinas avanzaban comiéndose nuestra vida. Todo.

Destrozaron los caminos y, con ellos, los recuerdos de las mañanas de verano. Intentamos quedarnos, pero allí la vida ya era imposible. Ducharse era un peligro para nuestra vida. El agua que salía de la fuente no era aquel de la infancia porque ahora estaba contaminado. Tuvimos que marcharnos.

Nuestras vidas se separaron y la nostalgia de esos veranos empezó a llenarme el corazón. No pude evitar que las lágrimas resbalaran por mis mejillas, pero todavía alguien seguía allí. Mi mejora amiga había decidido quedarse allí. Estaba pálida, enferma, como todo. Después de tres años, el cáncer hizo que la única amiga que me quedaba cerrar sus ojos para siempre. Nos había robado la vida.